IV Domingo del Tiempo Ordinario, Ciclo A

Domingo

Lecturas bíblicas

a.- Sof.2, 3;3, 12-13: Dejaré en medio de ti un pueblo pobre y humilde.

La primera lectura, es una profecía en el cual se describe el "espíritu de pobreza" en el Antiguo Testamento. Son los "pobres de la tierra", las personas humildes las más abiertas a Dios, "los que cumplen sus preceptos" (v. 3), y esperan en Él. Es de este "Resto de Israel" que nacerá una nueva humanidad, "un pueblo sencillo y humilde que buscará refugio en el Señor" (v. 12). "Buscad al Señor, un imperativo, todos vosotros, pobres de la tierra" (v 3), una invitación del profeta, a un Israel sumergido en una época de letargo político, social y religioso; toda una invitación a caminar. Son ellos, los humildes y sencillos, el resto de Israel, un verdadero signo de esperanza para todo el pueblo y una expresión viva de la presencia del Señor en medio de su pueblo. No serán los ricos y poderosos con los que cuente Yahvé, sino los pobres y humildes de la tierra**.**

b.- 1Cor. 1, 26-31: Dios ha escogido lo débil del mundo.

El apóstol continúa contraponiendo la sabiduría cristiana, con aquella del mundo (cfr. 1 Cor.1,18-25). Quiere dejar en claro, que la sabiduría humana no puede por sí sola, conocer a Dios y su salvación. Prueba de ello, es su manifestación y la realización de dicho proyecto salvífico, está fuera de los esquemas regulares de la inteligencia humana, parece una locura. Dios sigue en esa misma línea puesto que para hacerse presente esa sociedad, ha escogido una comunidad humanamente pobre, y por ello, les exhorta a mirase un poco a quiénes han sido llamados a formar parte de ella (v.26-28). Les pide a los corintios que se dejen de tanta sabiduría humana, de la que parecen presumir, más les valdría vivir y pensar en conformidad con sus capacidades: ser testigos de la sabiduría de Dios, locura divina. Es mejor optar por este camino y no vivir celosos de filosofías que ni siquiera comprenden. Todo esto lo hizo Dios para que el hombre no tuviera de qué gloriase ante su presencia (v.29). Ahora si ellos quieren gloriarse han de hacerlo en Cristo Jesús, porque Dios Padre lo constituyó justicia en la que ahora viven; santidad partícipes de la santidad de Dios; redención, que lo libra del pecado y de la muerte eterna (v.30; cfr. Jr.9, 22-33). No hay sabiduría humana que proporcione estos beneficios divinos, de ahí que el consejo del apóstol, siga siendo válido hoy: es mejor vivir en Cristo y en ÉL ser glorificado. Y esto ¿por qué? Para Pablo, Jesucristo es Sabiduría, porque revela el misterio de Dios, pero además, porque en esa Sabiduría el hombre puede llegar al conocimiento de Dios (v. 30; cfr. Col. 2,3;

1 Cor.1, 21.24; Rom.1,18-22). Cristo es la revelación de Dios invisible, primogénito de la humanidad, centro del cosmos (cfr. Col.1, 15-16). El conocimiento que busca el cristiano acerca del cosmos y del hombre, lo encuentra en Cristo Sabiduría del Padre. Como Pablo, el cristiano, debe descubrir en la pobreza otro camino para descubrir la presencia de Dios que hizo germinar su Iglesia de lo que no existía. Son los menos afortunados, los pobres, quienes nos recuerdan que al hombre y su dignidad, lo que vale más, de lo que les podamos ayudar (cfr.Mt.11,25). La propia debilidad e impotencia frente al pecado, nos hablan de la causa de la elección divina.

c.- Mt. 4, 25-5,1-12: Dichosos los pobres de espíritu.

Las Bienaventuranzas, se abren con una gran proclamación: "Bienaventurados los pobres en el espíritu" (v.3). La mentalidad judía del tiempo y la nuestra, proclama la bienaventuranza de la riqueza. La teología bíblica se refiere, no sólo al pobre sociológico sino a este segmento de personas como lugar teológico. Es el hombre honrado, piadoso y justo, que vive la opresión del rico injusto, que espera la recompensa de Yahvé en esta vida. La injusticia se opone al designio de santidad que Dios exige al hombre de fe. La verdadera pobreza ante Dios, consiste en la sencillez de corazón, la profunda convicción interior de la necesidad que el hombre tiene de Dios, saberse pequeño ante Dios y apertura a los demás. "Bienaventurados los mansos…" (v. 4), es decir, los humildes, necesitados, los que aceptan su realidad con optimismo, sin amarguras, con la esperanza de ser retribuidos en esta vida con la vida eterna o reino de los cielos, pero habiendo contribuido a mejorar la vida con esfuerzo del prójimo, como Jesús, que luchó contra lo que hacía infeliz la vida de sus hermanos: la enfermedad, el hambre, el dolor, la muerte hasta conseguir la resurrección. "Bienaventurados los que lloran…" (v. 5). Los que lloran serán consolados. El consuelo es un don mesiánico, es decir el Mesías consuela y comprende todo el dolor humano que necesita ser, valga la redundancia, consolado. ¿Cuál dolor? El dolor que produce el pecado, la muerte y Satanás. Hay que entenderla en perspectiva de la resurrección de Cristo, precisamente sobre estas tres realidades esenciales para la vida del hombre. El Dios predicado por Jesús, es el Dios del consuelo (cfr. Is. 40). "Bienaventurado los que tienen hambre y sed de justicia…" (v.6). Esta bienaventuranza hay que entenderla desde el deseo que tiene el hombre de Dios, de una justicia para el hombre que sufre la opresión e injusticia del malvado. Es el deseo de los que luchan por la justicia en el mundo, no la que recibirán en el día del Juicio, sino hoy con la aparición del Mesías que viene a impartir el derecho sobre las naciones, también llamado Yahvé es nuestra justicia (cfr. Is. 42,3-5; Jer. 23, 6; 33, 16; Is. 11,1-4). "Bienaventurados los misericordiosos…" (v. 7). Ante Dios nadie tiene consistencia en sí mismo, por lo mismo, nadie puede gloriarse ante ÉL. Quien no tiene misericordia con su prójimo, Dios tampoco la tendrá con él. La misma formulación la encontramos en la oración

del Padre nuestro: perdonar, como somos perdonados. El misericordioso será glorificado en la media en que, como Dios, ame, sea compasivo, perdone y comprenda a su prójimo. "Bienaventurados los limpios de corazón…" (v. 8). Para acercarse a Dios hay que tener un corazón puro, para entrar en su templo, como enseña el Salmo (24,4), con manos limpias, libre de malas intenciones, pureza de vida, no sólo de castidad, sino pureza de intenciones. Se trata de una existencia trasparente ante los ojos de Dios y los hombres. "Bienaventurados los que trabajan por la paz" (v. 9). Los heraldos de la paz, los que trabajan por conseguirla, son embajadores de Dios, obran como el mismo Dios, porque ha creado la paz entre Dios y los hombres, por medio de Jesucristo, Príncipe de la paz, es decir la reconciliación. Servimos a un Dios de paz (cfr.Rm.15,33;16,20). "Bienaventurados los perseguidos por causa de la justicia" (v.10). El hombre justo sufre por la maldad e injusticia del poderoso, las instituciones; Cristo Jesús, el Maestro de Nazaret, también sufrió la injusticia, ¿acaso no fue una injusticia todo el proceso que padeció antes de su pasión, muerte y resurrección de parte de las autoridades romanas, civiles y religiosas de Israel? El discípulo, no debe extrañarse de recorrer el mismo camino, si vive el evangelio. El evangelio, termina con una exhortación a la alegría de revivir en la esperanza, los mismos padecimientos de los profetas y de Jesús, porque la recompensa será grande en los cielos. Era la experiencia de la comunidad eclesial de Mateo, que vivía la persecución, como ahora y en los tiempos venideros.

Si bien Teresa no habla de las Bienaventuranzas proclamadas por Jesús, el término bienaventurado, es común en sus escritos: "Bienaventurada alma que la trae el Señor a entender verdades" (Libro de la Vida 21,1).

Padre Julio Gonzalez Carretti OCD